



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 27 DE JULIO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Arráncate pa'tras

UN QUIJOTE PARA DULCINEA

OLGA DE LEÓN G.

Acabáronse los caballeros andantes ha muchos siglos. Sabía esto muy bien y de memoria, cuando decidí enfrascarme en renovar la lectura de la gran novela de Cervantes, “El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha”. Que releyendo algunas de sus partes y capítulos, esperaba yo hallar alguna fórmula que mostrara dónde podía estar escondido o perdido por el mundo algún otro caballero, o tal vez dos o más, que aunque no tuviesen en su haber aventuras tan renombradas, como las de don Quijote, algunas tuviesen que bien hiciera valer una descripción de sus figuras y hazañas.

Mas, por mucho que busqué, nada encontré. Los hallé mentecatos o graciosos, pero no ingeniosos ni locos por sus atrevidas ideas.

Entonces, me dije: grande desgracia es que el mundo se haya quedado sin Cervantes y sin la esperanza de contar con un caballero armado o sin espada ni escudo, que desfaga enredos y enderece entuertos, aunque fuere con la pluma. Mas he aquí, que a mis sueños vinieron más de una Aldonza del Toboso, así fue como pensé que no había buscado bien a caballeros semejantes al Quijote.

Por lo que dispuesta a dormir más tiempo, con tal de volver realidad alguno de esos sueños, fuime a la cama con la claridad del día y tápeme la cara con grueso paño, a fin de semejar la penumbra de la noche. Así, a fuer de determinación, los ojos se me fueron cerrando y la mente me llevó a los tiempos del Quijote; y pude verlo sufriendo los desplantes y burlas de los que engañados por su apariencia, lo confundieron con un loco.

El mundo ha sido siempre engañoso, y las virtudes y bondades confundidas con desprecios o menosprecios de los que nada saben de grandezas y desprendimientos o desintereses de lo mundano.

He aquí, que entre sueños, letargos e imaginarios reales o soñados, fui encontrando el hilo de lo que buscaba a través de lo vivido cuando moza, cuando por primera vez empezaba a leer la maravillosa novela de don Miguel, el Quijote, por más corto nombre de llamarla. Y, en esos ir y venir, de la realidad a la ficción y los sueños, vime cortejada -tiempo atrás- por algunos hombres muy jóvenes, un poco menos que yo, que me adornaban con sus palabras para convencerme de voltear mi mirada hacia ellos. Mas esta, que ahora pisa poco más de por la media de los setenta, cuando contaba con menos de veinte, por ahí de los quince o dieciséis era tan mustia y desentendida de los halagos masculinos (enseñanza aprendida de un padre que cuidaba mis andares), que ni oía ni veía nada.

Mas, al paso de unos pocos años, y otros tantos sueños de remembranzas, hallé en mis supuestos enamorados, posibles caballeros, no armados sino bien aprestados a cumplir con sus palabras, ante el menor indicio que yo les diera de que me importaban y ocupaban mi pensamiento. Cosa que me cuidé muy bien de no darles a entender, aunque para con uno de ellos, mi corazón se dolía un poco.

Y, así se me fueron los años, terminé de leer El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha y continué con otras



muchas lecturas interesantes, pero en cuanto a literarias, ninguna como la obra maestra de Cervantes. Hasta que descubrí a Juan Rulfo y a Edgar Allan Poe, maestros de la prosa cada uno en su lengua natal. Figuras ejemplares para los demás que tanteaban por el cuento y novela corta.

Nunca me propuse leer cien obras, “cliché” dentro de la jerga literaria; tampoco creo haberlas leído ni por equivocación... No sé cuántas obras haya leído, solo sé que han sido de lo mejor, algunas fantásticas y, varias de ellas, las he releído por mero placer lúdico, valga la redundancia!

Pero, no importo yo aquí, ni como personaje, ni como autora ni lectora, solo he ofrecido mi participación para hacer creíble la propuesta: “Ya no existen los caballeros armados y andantes”...ni los ciudadanos o sedentarios; ni existen las figuras ilustres que enamoren verdaderamente a las mujeres.

No puedo presumir de haber conquistado a un Quijote, por más que sus hijos y alguno que otro amigo así lo haya visto, en vida. O, a menos, me pregunto, que el propio Quijote, de haber vivido con alguna mujer o haber desposado a alguna, como la tal Aldonza de Lorenzo, perdiera por ello en la visión de hombre cotidiano y mundano marido, el toque y aires de héroe que endereza entuertos, y loco que lucha contra molinos de viento, creyéndolos gigantes... Entonces, me pregunto, si ya vuelto humano común: ¿acaso no sería lo normal que no fuera ni muy caballeroso ni amante ideal de las mujeres?

Entonces, y solo entonces, mi adorado amado -defensor de los pobres y los desposeídos de todo- también fue un caballero de ficción que perdía la cordura con solo ver y palpar una injusticia, aunque en la casa propia no fuera ni del

todo justo ni siempre amable y amoroso: he aquí que no podemos saber si nuestro caballero andante fuese, de tener mujer e hijos, un héroe de dimensiones novel-escas.

Lo que sí podemos concluir, es que ahora, en esta época moderna y contemporánea, los caballeros andantes a la usanza de Cervantes, definitivamente, están discontinuados.

EL ESCALOFRÍO DE AGOSTO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Al girar a la izquierda y observar la calle, le resultó sumamente familiar el orden de las casas, como si las hubiese visto previamente en un sueño fantástico. Parecían ordenadas alfabéticamente, o quizás, más bien, por colores, de claros a oscuros. Aquello no era un reduccionismo de sus sentimientos. Lo que inconscientemente le llamaba la atención era que, a lo lejos, alcanzó a ver a un niño caminando solo, por la banqueta, con su mochila escolástica sobre la espalda. Recordó los anaqueles con libros en su escuela, cuando él era estudiante de primaria, muchos años atrás, en tiempos del Michoacanazo, el cual dejó decenas de muertos y heridos a inicios del nuevo siglo. De pronto se le vino un sentimiento turbio en su corazón, que no era una salvaguarda de la emoción que estaba viviendo en ese momento. Trataba de hacer memoria, pero solo una nadería de recuerdos se le venían a la mente. Guardó silencio, respiró profundo y esperó hasta tranquilizarse. Continuó conduciendo, lentamente, por la calle.

Lo que no recordaba bien, era aquel incidente que había vivido a los siete años, cuando aún vivía con sus padres, antes del divorcio de ellos. Solía salir de la casa paterna a las siete de la mañana, para luego caminar cinco cuerdas grandes hasta llegar a la escuela pri-

maria. El mismo trayecto lo recorría de regreso, a la hora de la salida, la cual se anunciaba con un timbre de campana en su primaria. Momento cuando los niños se apresuraban a guardar sus útiles escolares en sus mochilas y salían despa- voridos de regreso a casa. Ninguno hacía tiempo extra rondando los alrededores de la escuela, excepto si había alguna pelea entre algún par de alumnos, como a él mismo le tocó vivir en el quinto año de primaria. Se lio a golpes con otro niño que estudiaba karate, a quien no le habrían de servir sus lecciones de ataque y defensa personal para evitar la golpiza que nuestro chico le propinaría a su contrincante.

Pero fue tres años antes, un día cercano al verano, mientras cursaba el segundo año de primaria, que sucedió el trasfondo que lo tendría con ese sentimiento apretujado en el pecho, veinte años después, mientras transitaba aquella vieja calle que le había resultado familiar.

Sonó el timbre de la salida, pero él no regresó a su casa a tiempo. Su madre se alarmó cuando transcurrió media hora más de lo regular sin que el niño llegara. Tomó las llaves, salió de casa, abordó el carro y salió a buscarlo. Recorrió el mismo camino que el niño solía transitar a pie; pero no apareció, ni hubo indicios de la mochila, ni una prenda de vestir, nada. La madre comenzó a buscarlo por calles aledañas, por toda la colonia, incluso atravesó la avenida y transitó por el barrio de enfrente. Regresó a la escuela primaria. Buscó en los salones, en los baños, y la directora estuvo a punto de marcar a la policía, pero la madre lo evitó. Eran momentos de angustia, como si un tubo le atravesara la garganta a la madre. Salió de la escuela y visitó parques con juegos, tiendas donde vendían golosinas, las casas de los vecinos con los que su hijo jugaba por las tardes. Nadie sabía nada sobre su hijo, ni podían dar siquiera referencias sobre si lo habían visto salir de la escuela. Finalmente, llamó a la policía.

Dos patrullas se dieron a la tarea de encontrarlo. Algunos elementos buscaron en montes, otros acudieron a la casa de la familia con un perro que se daría a la tarea de olfatear ropa del niño. Otros policías buscaban a pie.

A las seis de la tarde, encontraron al chiquillo sentado en una banqueta, con su mochila. No tenía signos de haber sido lastimado. La policía lo interrogó, al igual que la madre: pero el muchachito no recordaba nada de lo que había sucedido. Su madre dio gracias a Dios por el hecho de que le hubiese devuelto a su hijo sano y salvo. Subieron a una patrulla y fueron llevados a casa. Hubo algunas preguntas adicionales de parte de la policía y posteriormente se cerró el caso.

El niño volvió a la escuela al día siguiente, con la consigna de regresar junto a un par de vecinos que vivían en la misma cuadra. Así fueron las cosas hasta que terminó el año escolar.

Y ahora, veinte años después, mientras conducía lentamente por esa calle a la que no estaba seguro bien, cómo había llegado, sintió un deseo enorme de alcanzar al niño que iba caminando delante, emparejarlo, bajar el vidrio de la ventana del copiloto y ofrecerle un dulce al chiquillo para invitarlo a que subiera al auto.



Alexandre Dumas (hijo)

(Alexandre o Alejandro Dumas; París, 1824 - Marly-le-Roi, 1895) Escritor francés, hijo natural del también escritor Alexandre Dumas. Tras viajar por España y África, obtuvo su primer éxito con La dama de las camelias (1848), obra en la que realizó una aguda observación de las costumbres y de los problemas sociales de su tiempo. Su teatro, representativo de la literatura «de tesis», cuenta con comedias no menos comprometidas: Cuestión de dinero (1857), El hijo natural (1858), El amigo de las mujeres (1864) y El extranjero (1876). Otras novelas suyas a destacar son La novela de una mujer (1849) y El caso Clémenceau (1866). También escribió ensayos de actualidad. Fue nombrado académico en 1874.

El novelista y dramaturgo Alexandre Dumas es sobre todo recordado como creador de La dama de las camelias, uno de los textos míticos de la edad moderna. Hijo natural de Alexandre Dumas, tuvo una infancia descuidada. Vivió en un pensionado hasta los diecisiete años y pasó luego unos meses bajo el techo paterno, antes de decidir llevar una vida independiente en la que contraería enormes deudas.

En 1845 publicó Pecados de juventud (1845), un compendio de versos que pasó desapercibido, y tras ello comenzó a escribir en prosa. Al regreso de un viaje a España con su padre escribió una primera novela, Aventura de cuatro mujeres y un papagayo (1846), y en 1848 dio a conocer La dama de las camelias, texto de fondo netamente autobiográfico que apareció ese año en forma de novela y que le valió una fama tan importante como la de su padre.

Luego se volcó al teatro: realizó con gran éxito adaptaciones para la escena de algunas de sus novelas, entre las que destaca la versión teatral de La dama de las camelias (1852), extraordinariamente aplaudida en su estreno y llevada a todos los teatros de Europa; Giuseppe Verdi se basaría en ella para su célebre ópera La Traviata (1853). El argumento, pese a algunas leves variaciones, es prácticamente el mismo: tanto el drama como la novela relatan el amor sincero de una cortesana, Margarita Gautier, con un joven de buena familia llamado Armando Duval. Los amantes se refugian en una casita en el campo (en Auteuil en el drama, en Bougival en la novela), donde parecen vivir su amor en plenitud, hasta que aparece en la casa el padre de Armando, que se hace anunciar en secreto a Margarita.

El padre comprende la sinceridad de su amor, pero también Margarita ha de comprender que constituye un obstáculo para la vida y el porvenir de Armando, y que una joven hermana suya no puede casarse con el hombre amado debido a la deshonrosa relación del hermano. Pide a Margarita el gran sacrificio, y ella se rinde y huye. Armando, que no sabe nada, cree que Margarita se ha cansado de él y lo ha abandonado. Tiempo después, Armando encuentra en París a Margarita, que se ha convertido en amante del conde de Varville. Despechado, le lanza a la cara delante de todos una cantidad que acaba de ganar en el juego y declara que así queda en paz con ella. Margarita no soporta tanta humillación (en la novela, Armando le anuncia públicamente su relación con la cortesana Olimpia), y su salud, ya débil, queda destruida para siempre. La enfermedad toma una forma rápida y sin esperanza; cuando la fiel ama de llaves Nanette, sin saberlo su señora, revela en una carta a Armando la verdad, el joven acude apenas a tiempo para recoger, en el lecho de muerte de la amada, su último suspiro.

Pese al carácter inequívocamente romántico de su argumento, la versión teatral de La dama de las camelias se considera iniciadora de un nuevo realismo en la escena, en la medida en que el dramatismo amoroso se conjuga con el retrato de la sociedad contemporánea y sus costumbres, efectuado sin embargo desde una perspectiva más moral que objetiva. Dumas compuso posteriormente nuevas comedias, siempre de tono moralizante y alrededor de los problemas de la ilegalidad, el adulterio y la prostitución. Entre ellas cabe citar Le Demi-Monde (1855), El hijo natural (1858) y Un padre pródigo (1859).

ad pédem literae

El conocimiento es sólo una de las representaciones de la existencia.

José Vasconcelos

Letras de
buen humor

El amor es física. El matrimonio, química.

Alejandro Dumas (hijo)

Mónica Lavín

El paisaje en la escritura

Me pregunto si las ciudades, los pueblos, los paisajes donde nacieron las y los escritores se meten en su escritura de una manera natural, involuntaria, como gestos de nacimiento orgánicos.

Sin duda en las novelas y cuentos de Rulfo está el polvo, el silencio y el paisaje misterioso de Sayula y Tuxcacuesco.

A Rosario Castellanos se le filtran las montañas que rodean el valle de Comitán tan suave como secreto. A Inés Arredondo los mangos y el jugo que se escurre por la barbilla desde Sinaloa tropical. A Saramago y a Pessoa se les instala la bruma atlántica y el ondular en las calles de Lisboa. A Mark Twain el anecdotario que viaja río arriba, río abajo en las riberas del Mississippi. José Agustín lo supo y ostentó el habla joven chilanga de la colonia del Valle en los 60 y 70, a Carlos Martín Briceño lo acompañó la sensualidad de la península de Yucatán, a Élmer Mendoza el sonido del habla de la Colpop en Culiacán. A Kawabata la belleza hecha ritual de Kioto y Tokio. A Borges las orillas de Buenos Aires y las de los libros y laberintos. A Pamuk la intrincada y fascinante Estambul.

Londres ordenado e imperial, el punto

de partida de la rebeldía de Virginia Woolf. Quizás los poetas sean más elocuentes en la marca de origen en el lenguaje y la mirada: pienso en Derek Wolcott tan Caribe como escocés, con un lenguaje de caracolas isleño y vegetal, Myriam Moscona que ha hecho del ladino el tema y la expresión mestiza.

Desde la tierra de Rosalía de Castro y Emilia Pardo me pregunto de qué manera se metió la lluvia, el graznido de las gaviotas y el día que se trastorna con el viento, cómo canceló las pausas de sus textos, el ritmo de su prosa y la longitud de sus versos.

Me pregunto si es así, y de qué depende que nuestra escritura tenga huella, ¿si su circunstancia y su contexto pervive a pesar de las lecturas y los viajes y es como una denominación de origen? No me refiero a un determinismo como el de las jirafas que se pensaba les crecía el cuello por intentar alcanzar la hoja masticable, sino una cuna, una lengua materna, un crecer en medio del paisaje y su manera de vivirlo-nombrarlo.

Me pregunto qué tanto de la Ciudad de México, de la colonia Roma, de Coyoacán, de los cueros y retazos de los que vivía mi familia, de los cafetales del Soconusco a donde llegaron mis abuelos



de la costa Cantabria con su olor a anchoas, de la costa andaluza con sus grandes chirimoyas y sus pestiños del otro abuelo, o del Madrid de mi abuela y mi madre niña con sus castaños en el Retiro y sus bombas en la guerra se ha metido en la cadencia de mis frases, en las palabras que elijo, en los silencios y exageraciones y mentiras; si el lenguaje de mi escritura, su partitura y su sintaxis están hechos de la vista escasa de los volcanes, las lluvias torrenciales de verano y los sismos de septiembre, del cobre

opaco del techo del Palacio de los Deportes y la invasión de ardillas en los viveros de Coyoacán.

La identidad de la escritura como una forma de imaginar y ver a través del lenguaje, sin duda teñida de la experiencia única de los que escribimos está ligada a nuestra procedencia y paisaje, que se carga de las lecturas que la enriquecen de procedencias, paisaje y lenguaje.

La inteligencia artificial no puede sustituir esto, por lo menos eso quiero pensar.